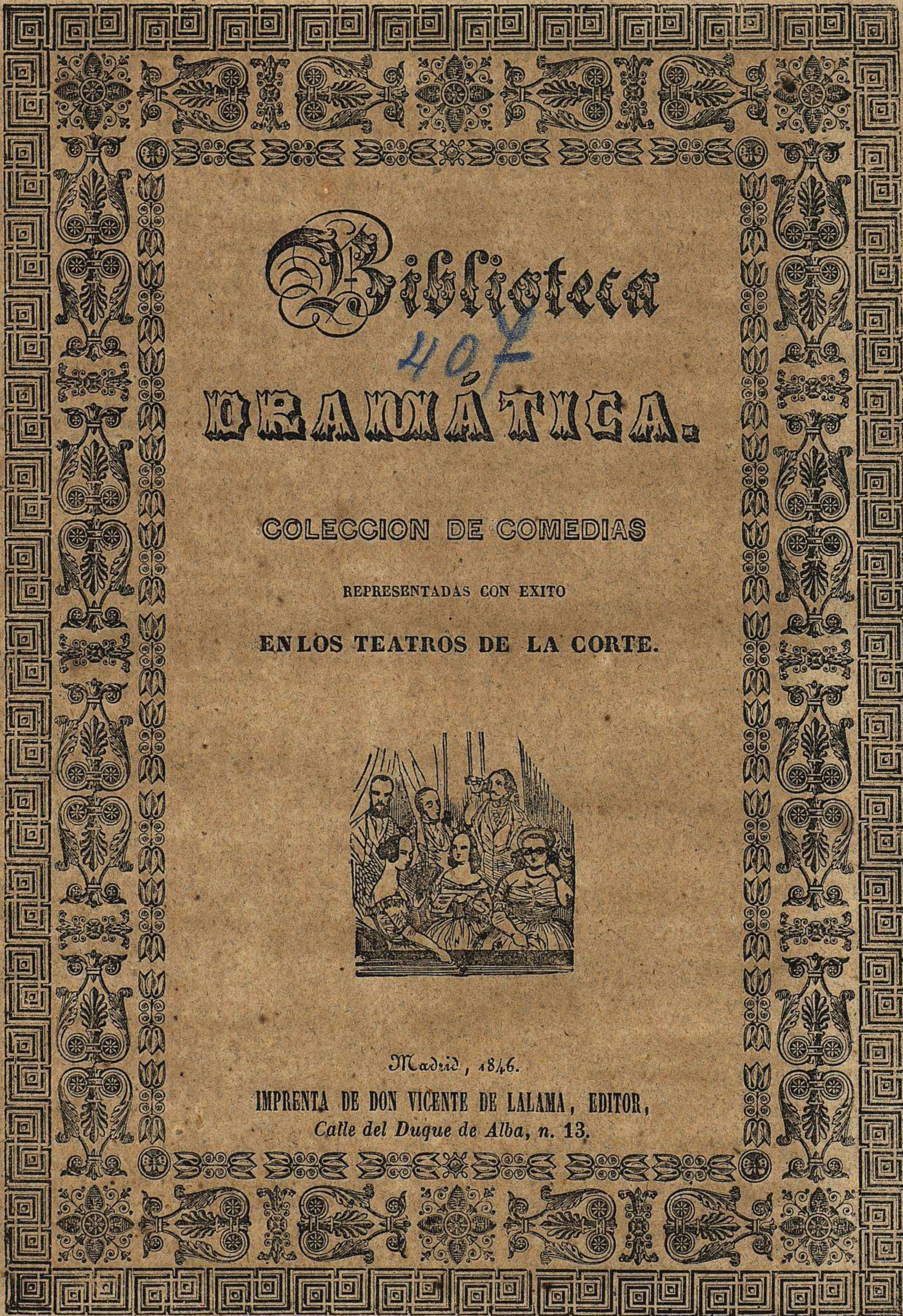


El secreto y el marido



Biblioteca
407
DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



Madrid, 1846.

IMPRESA DE DON VICENTE DE LALAMA, EDITOR,
Calle del Duque de Alba, n. 13.



Faint, illegible text or a title line in the upper middle section.

Faint, illegible text or a subtitle line in the middle section.

Faint, illegible text or a line of information in the middle section.

Faint, illegible text or a line of information in the middle section.



Faint, illegible text or a line of information in the lower middle section.



Es propiedad de D. V. de Lalama. ESCENA III. LA MARQUESA, PAULINA Y FERNANDO. EL SEDUCTOR Y EL MARIDO.

Librerías de Jordan Ríos, Pérez y Cuesta. EL SEDUCTOR Y EL MARIDO.

Comedia en tres actos, arreglada á nuestra escena por D. FRANCISCO GONZALEZ, para representarse en Madrid, el año de 1849.

PERSONAGES. LA MARQUESA, viuda de Campo-alto. FERNANDO, su hijo, marqués de Campo-alto. PAULINA, muger de Fernando. CARLOTA DE MELGAR, su amiga. DON ANTONIO, primo de Fernando. EL BARON DE BASCONCELOS. LUIS, criado. Un Comisario y dos agentes.

PERSONAGES. LA MARQUESA, viuda de Campo-alto. FERNANDO, su hijo, marqués de Campo-alto. PAULINA, muger de Fernando. CARLOTA DE MELGAR, su amiga. DON ANTONIO, primo de Fernando. EL BARON DE BASCONCELOS. LUIS, criado. Un Comisario y dos agentes.

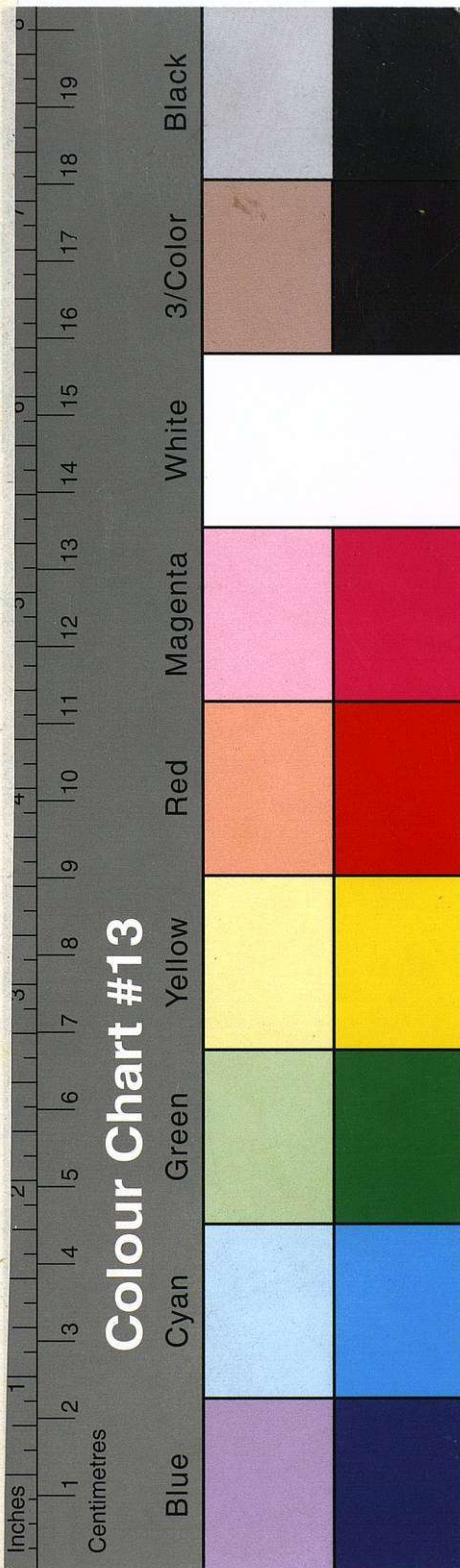
La escena pasa en Sevilla.

ACTO PRIMERO.

Sala elegante. Puerta al fondo y laterales. Sillas, un sofá á la izquierda, un velador á la derecha, y cerca del un secretario practicable: sobre este, un reloj.

ESCENA PRIMERA. PAULINA, entrando. FERNANDO recostado en una butaca. PAU. Fernando? Dios mio! FER. Qué tienes, qué es eso? (ruido de carruaje.) PAU. No has oido? FER. El qué? PAU. El ruido de un carruaje que ha entrado en el patio. FER. No; pero por qué te asustas? PAU. Como ese carruaje... será probablemente el de tu madre... FER. (levantándose.) Y qué, la temes por ventura todavia, despues de lo que te he hablado ya? No te he dicho cuan buena es, cuan indul-

La escena pasa en Sevilla. ACTO PRIMERO. Sala elegante. Puerta al fondo y laterales. Sillas, un sofá á la izquierda, un velador á la derecha, y cerca del un secretario practicable: sobre este, un reloj. ESCENA PRIMERA. PAULINA, entrando. FERNANDO recostado en una butaca. PAU. Fernando? Dios mio! FER. Qué tienes, qué es eso? (ruido de carruaje.) PAU. No has oido? FER. El qué? PAU. El ruido de un carruaje que ha entrado en el patio. FER. No; pero por qué te asustas? PAU. Como ese carruaje... será probablemente el de tu madre... FER. (levantándose.) Y qué, la temes por ventura todavia, despues de lo que te he hablado ya? No te he dicho cuan buena es, cuan indul-



traciones tan estrepitosas con que la manifiesta, estoy seguro que han de producir un efecto malísimo en mi madre.

PAU. Y qué quieres que haga? Una desgraciada casualidad ha hecho que nos encontremos este verano en los baños. Y por cierto que no fué poca mi sorpresa al oirla llamarme su querida amiga, y despues de una corta conversacion escucharle que iba á seguirnos aqui, donde se detendria algunos dias, para gozar con el espectáculo de mi felicidad. Porque, cuando nos conocimos en Francia, jamás estrechamos relaciones; y si ahora sufro todas sus impertinencias, es por el interés que tengo en que guarde silencio sobre esa época fatal; pero afortunadamente la están esperando en Córdoba y no debe tardar mucho en ponerse en camino.

FER. Te engañas, Paulina. Tu amiga Carlota, ha conocido la ridicula pasion que inspira á ese mentecato de Antonio y...

PAU. Tu primo?

FER. Sí: y creo que no le disgustará entrar en nuestra familia.

PAU. Lo dices de veras?

FER. Y tanto. Antonio me ha hecho su confidente, y segun dice, está resuelto á casarse con ella á todo trance.

PAU. Pues entonces, dime qué debo hacer... dime y te obedeceré al momento.

FER. Lo primero escribirle terminantemente... (mira al pupitre) Que imprudencia! dejas puesta la llave, cuando tienes ahí toda nuestra correspondencia! Es decir, secretos que todo el mundo ignora, y que por siempre debe ignorar. Cómo haces eso?

PAU. No, amigo mio, no he salido de aqui mas que un momento. Además, tengo una excusa.

FER. Y cuál es?

PAU. La de que cifro mi mayor placer en leerlas cien veces al dia.

FER. Pero que te dicen esas cartas que yo no pueda decirte? Si siguieras mi consejo...

PAU. Qué?

FER. Quemarias hasta la última!

PAU. Quemarlas? ¡Oh! nunca! El corazon del hombre es inconstante; y quién sabe si mañana no me habrás olvidado ya? En ellas veo en cada página una prenda de tu cariño, una protesta de tu eterno amor: y si por desgracia tal sucediera... si llegáras á olvidarme, ellas al menos me serán fieles. Siempre me dirán lo mismo.

FER. Que niña eres, querida mia.

PAU. Pst, escucha... Oh! esta vez no me equivoco: ha parado un carruage.

FER. Si, con efecto.

PAU. Es ella... tu madre... lo ves? Tú tambien te sorprendes!

FER. Hace tanto tiempo que no la estrecho entre mis brazos!

CRIADO. (entrando) El carruage de la señora marquesa acaba de entrar en el patio.

FER. Voy corriendo á recibirla. Animo, Paulina. Reponte por Dios. Te lo exijo. Mira, sé para mi madre lo que eres para todo el mundo... y yo respondo de lo demas.

ESCENA II.

PAULINA, sola.

Ah! no puedo hacerme ilusiones; por mas que diga, su inquietud es al menos igual á la mia. Teme el juicio que su madre vaya á formar de mi... Y con efecto, conozco que esta entrevista va á decidir de la felicidad de toda mi vida. (se asoma á la ventana.) Ya baja del carruage... lo estrecha en sus brazos... Se me figura que una madre tan buena debe amar á todos los que amen á su hijo... Ah! ya suben... (va á salir y se detiene.) Pero Dios mio! que iba á hacer! Estoy loca?

ESCENA III.

LA MARQUESA, PAULINA y FERNANDO.

MAR. Vamos, donde está mi querida hija?..

PAU. (adelantándose y tomándole la mano.) Señora!..

MAR. Cómo?... es asi como se recibe á una madre? Venid á mis brazos y dejad que os estreche en ellos.

PAU. Ah señora! cuan feliz me haceis...

MAR. Con que me teniais miedo? Con tan mal caracter me ha retratado mi hijo? Ya se vé, hace tanto tiempo que se ha separado de mi, que no es extraño lo haya olvidado.

FER. Por Dios, madre mia! no me lo echeis en cara! Confieso que he sido muy culpable.

PAU. Y como yo he sido la causa, he ahí precisamente por lo que temblaba presentarme ante vos.

MAR. Oh! por supuesto! Todavía tenemos que ajustar ciertas cuentas; pero empecemos por este caballero. Sabéis desde que dejó el servicio, cuantos dias ha pasado conmigo? Pues bien facil es contarlos. Un mes en 1843; diez y siete dias en 1845. Y nunca le parecian cortas sus visitas... Aunque ahora veo que tenia disculpa... Pero haberme ocultado á mi su matrimonio!..

FER. Y como confesároslo sin que se hubiese enterado mi padre? Y demasiado lo sabéis, madre mia: tanta confianza como tengo en vos, tan seguro como estoy de vuestro amor, tanto temia al marqués mi padre. El destierro á que se habia condenado por seguir al príncipe á quien miraba como al legitimo soberano, habia acabado de agriar su caracter. Como queriais que me hubiese atrevido á participarle mi union con la hija de un hombre conocido por sus ideas liberales?

MAR. Pero... y por qué os habeis atrevido á contar mas conmigo que con él, caballero?..

FER. Porque vos, madre mia, sois muger, y el corazon de una muger comprende todo lo que es amor.

MAR. Dices muy bien. Pero vamos, ya que estamos reunidos, deseo que me expliqueis todo, y me deis pormenores; porque en tus cartas, te confieso que no ha reinado la mayor claridad.

FER. Madre mia...

MAR. Si, tienes razon. Es mucho mejor que mi hermosa hija sea la que lo haga. El mejor medio para que nos conozcamos pronto, es que hablemos un poco juntas. Las mugeres tienen siempre necesidad de hablar mucho antes de llegar á algo. Vamos. . hablad vos.

PAU. Pero... señora marquesa... deberiais descansar antes... y no me parece que debemos entretenernos cuando...

MAR. No, no. No necesito nada. He venido con mucha comodidad y me siento muy bien. Dentro de un rato... una media hora, tomaré una taza de té, y he aquí todo lo que necesito.

PAU. Permitidme al menos, que escriba tres ó cuatro esquelas avisando á algunas amigas que no recibo esta noche.

MAR. Cómo, teneis reunion?
FER. Si, madre mia, los martes. Pero como no sabiamos fijamente el dia de vuestra llegada, no hemos podido dar contraorden.

MAR. Oh! no, no: nada de eso. Obrad enteramente como si yo no estuviera. Si me siento fatigada me quedaré en mi cuarto; pero, si como espero, me hallo bien, me presentaré en vuestra reunion, y renovaré mis antiguos conocimientos. Conque asi, querida mia, no os escapais, ya escucho.

PAU. Lo que gustéis... Ya sabeis... señora marquesa...

MAR. No tal, no sé nada.

PAU. Pues bien, empezaré. Mi padre, hijo de un labrador, cuyos titulos eran su honradez solamente, entró al servicio y logró distinguirse hasta llegar al grado de capitán. Desgraciadamente, en 1823 fué de los que mas se comprometieron, y solo logró salvar su vida, refugiándose á Inglaterra. Mi madre le siguió y á poco me dió á luz, dejando ella de existir. Cinco años despues, murió tambien mi padre y me quedé sola en el mundo; sola, señora. La compasion que inspiré á los compañeros de infortunio de mi padre, hizo que me pusieran de pensionista en un colegio, donde recibí una educacion superior á mi estado. Concluida esta, tenia que salir forzosamente: mi situacion pues, era desconsoladora, cuando...

MAR. Cuando qué?..
FER. Cuando un antiguo amigo de su padre, habló de Paulina á... la duquesa de Alcalá, que se hallaba casualmente en Lóndres, en ocasion precisamente en que buscaba una joven que pudiera servir para enseñar á sus hijas la música y el dibujo. Paulina, que era una excelente profesora, fué presentada y admitida, y al poco tiempo partió con toda la familia para Francia.

PAU. (bajo.) Oh! gracias! gracias!
FER. Donde en una partida de campo á que fui convidado por el duque, tube la dicha de verla por primera vez. Ya me habeis perdonado por escrito el que hubiera perdido la aficion á los viages y contraido una alianza, que aunque desigual, me es tan grata... Tendremos la fortuna de que lo repita vuestra boca?..

MAR. Si, hijos míos: todo lo perdono. Para la que hubiera de ser mi hija no deseaba mas que nobleza de corazon: en cuanto á la otra, tenemos bastante para poder partirla con ella. Venid á mis brazos, hijos míos.

FER. Madre mia!
PAU. Como podré reconoceros jamás...
MAR. Haciéndole dichoso.

FER. Ahora, Paulina, dá tus órdenes para que preparen el cuarto de mi madre, y no olvides que quiere tomar té.

PAU. Voy al instante. (besa la mano de la marquesa y esta la besa en la frente. Despues pasa al lado de su marido, y le estrecha la mano.) Oh! que feliz soy. (vase.)

ESCENA IV.

LA MARQUESA, FERNANDO.

FER. (ap.) Gracias á Dios! ya salimos del paso. (alto.) Vamos, madre mia, decidme, qué os parece?

MAR. Encantadora. Por lo poco que he podido ver estoy contentisima.

FER. Pues bien! ya que vuestra legitima curiosidad está satisfecha, me permitireis que os suplique una cosa?

MAR. Cuál, hijo mio?

FER. Ya habeis podido conocer lo embarazada que se encontraba al contestar á vuestras preguntas.

MAR. Si; y por cierto que lo he estrañado. No parecia sino que tenia que hacerme alguna penosa confesion, y luego, que cosa mas sencilla y mas interesante?

FER. Es que... ya comprendereis... hay ciertas susceptibilidades de amor propio... que siempre deben respetarse. Por lo tanto, madre mia, mi súplica se dirige á que en adelante no le hagais ninguna pregunta, nada que tenga relacion con lo que haya sucedido antes de nuestro matrimonio.

MAR. Ninguna! Pero... y ya qué me queda por saber? Se que es digna de ti, y esto me basta. Confieso que estaba predispuesta en contra suya. Ya se vé, es tan natural que una madre se ocupe del casamiento de su hijo... y yo ya habia tratado el tuyo. Tú conoces á la que te destinaba, la hija de mi antigua amiga, la condesa de Toro... Era un sueño en que nos complaciamos la condesa y yo. Y por cierto que mi disgusto en que se haya desbaratado esta boda, ha sido tanto mayor, cuanto que mi pobre amiga ha quedado casi arruinada.

FER. Con efecto, he oido decir algo; pero ya hace tiempo. A propósito, eso me recuerda que hace ocho ó nueve dias hemos recibido una carta suya para vos.

MAR. Si, le escribí que me encontraria aqui desde principios de mes. Y donde está?

FER. Paulina la tiene ahí guardada. Ahora mismo os la dará! Y cuál ha sido la causa de su ruina?

MAR. El haber confiado una gran parte de su caudal á uno de esos especuladores á la moda. La hicieron creer en una de esas empresas magnificas en la que deben con seguridad ganarse millones, y que al cabo de poco tiempo solo dan por resultado una vergonzosa bancarrota. Ah! si los acontecimientos no nos hubiesen separado...

ANT. (dentro.) Anunciarme á mi? Pues no faltaba otra cosa.

CRIADO. (id.) Es que como ha llegado la señora marquesa...

ANT. (abriendo la puerta.) Tanto mejor... tanto mejor... con eso tendré la fortuna y el honor de presentarle mis respetos.

ESCENA V.

Dichos y ANTONIO.

FER. (tomando á Antonio de la mano.) Madre mia, permitidme que os presente al hijo de vuestra hermana; un sobrinito que en vuestra ausencia se ha hecho un hombre.

ANT. Querida tia! Conque ya tenemos el gusto de veros entre nosotros? Cuanto me alegro. Vamos, y, como habeis encontrado á nuestra antigua capital de provincia? Muy variada, furiosamente embellecida, no es verdad?

MAR. Señor sobrino, no he tenido tiempo de juzgar todavia. Acabo de llegar, y no he hecho mas que atravesar las calles que conducen hasta aqui.

ANT. Precisamente las peores. Pues entonces, ya vereis que cambio tan portentoso se ha operado en pocos años... Como que soy un niño, y al recordar como la conoci, no puedo menos de pasmarme. Ya tenemos magníficos periódicos de literatura, paseos, teatro, tertulias y liceo. Oh! el liceo sobre todo, está brillantísimo. Vereis que reunion de artistas de ambos sexos. Que estímulo entre los poetas. Vamos, si ya no nos queda nada que envidiar á la corte. El jueves tenemos sesion de competencia: os traeré billetes, tia; recito una letrilla que me han asegurado todos que va á sorprender.

MAR. Ay Dios mio! mi querido sobrino! Conque habeis llegado á ser poeta?

ANT. No he llegado á serlo, tia, es que lo he sido siempre. Desde muy niño revelé mis disposiciones. A propósito de versos, primo, tengo que consultarte los que acabo de hacer para Carlotita.

FER. Cualquiera que te oiga, creerá que yo tengo paciencia para oír tus versos. No creais tal cosa, madre mia, os lo juro por lo mas sagrado.

MAR. Y se puede saber sin indiscrecion, señor sobrino, quién es esa Carlotita á quien los dedicais?

ANT. Una mujer encantadora, marquesa, una artista.

M. R. Sea enhorabuena.

ANT. Una artista... sino superior... igual á la Grissi, mas que la Tossi, y cuantas han tenido los teatros de la corte, por supuesto! Esta noche la conoceréis; ya os la presentarán. A propósito, primo, con tu permiso voy á traer á un extranjero... un viajero que llega ahora de Francia, y que me ha recomendado uno de mis amigos de Bayona. Es personaje de importancia á lo que parece. Y segun creo ha de ser portugués.

FER. Qué quieres que te diga, desconfio mucho de los amigos de tus amigos.

ANT. Pues haces mal; porque es un hombre comm' il faut.

FER. Y, cómo se llama?

ANT. El Baron de Vasconcelos.

FER. Qué edad tiene?

ANT. Oh! ya es hombre de peso; 30 á 40 años. Pero á qué vienen tantas preguntas? Yo ya le he prometido traerle, y no creo que querrás que falte á mi palabra.

FER. Lo has prometido? Eso es otra cosa! Si hu-

bieras empezado por decir eso, nos hubiéramos ahorrado muchas palabras. Madre mia, presumo que no asistireis á la reunion de esta noche... estareis tan fatigada!...

ANT. Ay! no por Dios, tia! Seria una lástima! Si vierais qué deseo tengo que conozcais á la señora de Melgar!

MAR. Pero se va mañana esa señora?

ANT. Oh! no por cierto! Al contrario, casi, casi, me atreveria á apostar á que no está muy lejos el dia en que se decida á fijar aqui su residencia. Y qué triunfo seria para nuestra ciudad! Una mujer de su mérito! Que ha visitado todas las capitales... Ha estado en Paris, Viena, Lóndres, Berlin, Copenhague y Hamburgo; y sin vanidad puedo decirlo, si no fuera por mí, á la hora de esta se encontraria en la capital, de las Rusias, que era precisamente para donde tenia dispuesto su viaje.

UN CRIA. (anunciando.) La señora de Melgar.

FER. (con viveza.) Que no estamos.

ANT. Cómo! Qué, no la recibes?

FER. Sin duda; ya lo ves.

ANT. Una amiga intima de tu mujer!... Fernando, mira lo que haces, porque Paulina se pondrá furiosa.

FER. Qué? Si no no es mas que una conocida.

ANT. Tia, no lo creais por Dios. Figuraos que siempre estan juntas y...

MAR. Pero si es una amiga de Paulina... te ruego, hijo mio, que la recibas.

ANT. Lo permitis, no es verdad? Voy, voy corriendo á recibirla.

FER. Antonio!

ANT. (saliendo precipitadamente.) Bien, bien hombre...

ESCENA VI.

LA MARQUESA y FERNANDO.

MAR. Pobre muchacho! Está hecho un ente ridiculísimo.

FER. No me habéis de él por Dios. Yo no sé con que especie de gentes ha tratado en Madrid, que ha venido como lo veis. (se oye ruido como de una caída.)

MAR. Dios mio! qué es eso?

FER. Alguna torpeza de las que acostumbra. No tengais cuidado; porque estoy seguro que ha de ser cosa suya.

ESCENA VII.

Los mismos, ANTONIO, y la SEÑORA DE MELGAR.

CAR. (entra riendo á carcajadas.) Ja, ja, ja! Señor marqués, teneis un primo que ha de ser causa de mi muerte. Ja, ja, ja!.. Figuraos que al bajar la escalera para darme el brazo, ja, ja, ja!, se le va un pié... qué digo un pié... los dos pies á la par... ja, ja! de modo... que... prrrum (indica con la acción la caída.) Figuraos el pobre Antonio... ja, ja, ja!

ANT. (con gravedad.) Mucho temo haberme relajado una rodilla,

CAR. Relajado! Jesus, Antoñito, por piedad no volvais á repetir esa palabra, ja, ja, ja! Vamos, cuando digo que quereis verme morir, ja, ja!

FER. (con seriedad.) Madre mia, la señora de Melgar...

CAR. Oh! dispensad, señora Marquesa... pero ya veis mi excusa. Cuánto celebro vuestra venida. Os esperábamos con mucha impaciencia. Ay! si hubierais estado en mi lugar, y hubierais visto á Antoñito... ja, ja, ja!

ANT. Pero me parece que sabiendo, como sabeis, la causa... que solo por precipitarme á recibirlos, he sido víctima de mi galantería... debería tener mas derechos á vuestra indulgencia...

CAR. Quereis que no me ria? Pues bien, entonces poneos aqui... aqui detrás, donde yo no os vea, y entonces no me reiré. Decia, pues, Marquesa, que mi querida Paulina y yo no cesábamos un momento de hablar de vos, del deseo que tenia de veros, de lo inclinada que sentia á amaros; y yo, señora, que siempre estaba escuchando hacer vuestro elogio... me sentia con las mismas disposiciones.

MAR. Mucho agradezco ese interés que me manifestais, y sobre todo, el habéroslo inspirado antes de haber tenido el honor de...

CAR. Ay, Dios mio, señora! Eso es natural... es un instinto de casta. Pero no es verdad que Paulina es encantadora? Oh! pues cuando conociais sus talentos... imaginaos que es una música de primera fuerza... y con una voz... que hubiera podido labrar su fortuna. Os puedo asegurar que el director de la ópera italiana de Paris la propuso...

FER. Señora!...
CAR. Jesus! qué cabeza!.. Dispensad. No sé lo que me digo. Con estas cosas de Antoñito tengo la cabeza perdida. Todo lo confundo, Señora Marquesa; os suplico me escuseis el que me haya presentado asi; pero no sabia vuestra llegada, y venia á consultar con Paulina mi tocado de esta noche.

FER. No sé si está en casa.
ANT. Si, si; yo lo sé, está en su cuarto.
MAR. (bajo á su hijo.) Es verdaderamente esta señora la amiga de tu muger?

FER. No, madre mia, os aseguro que no.
CAR. Antoñito, y mi ramillete de esta noche, os habeis acordado de él?

ANT. Que si me he acordado? Pues me he ocupado en todo el dia de otra cosa? Será superbo, heliótropos, azucenas, azahar...

CAR. Ay qué horror!.. Nada, lo dicho; quereis matarme por todos estilos. Detesto las flores odoríferas... No pensais como yo, Marquesa?

MAR. No señora.
CAR. Ay, no? Es verdad que en materia de gustos no se puede hablar. (bajo á Antonio.) Qué poco habladora es vuestra tia; y es raro en una viuda.

ANT. (id.) Qué os parece?
CAR. (id.) Una tonta. (alto.) Marquesa...
MAR. Señora...
CAR. Con vuestro permiso voy á ver á Paulina. No la detendré mas que tres minutos.

ANT. (acompañándola hasta la puerta.) Espero tener la incomparable felicidad de obtener de vos la primera polka que se baile esta noche.

CAR. Concedido. Pero cuidado con mi ramillete, entendeis? Camelias, flor de Granada, y rosas de Bengala. Si encuentro una sola flor de perfume, lo tiro por la ventana.

ESCENA VIII.

LA MARQUESA, FERNANDO, y ANTONIO, bajando á la escena.

ANT. Vaya, decidme, querida tia, qué os parece la señora de Melgar?

MAR. Que no es preciso mas que verla una sola vez para formar una opinion sobre ella.

ANT. No es verdad que si, que basta una sola vez? Al momento se la conoce. Qué maneras, qué soltura... qué buen tono!..

FER. Vamos, cállate, qué da fatiga oírte.

ANT. Hombre, no adivino por qué estás siempre en contra suya.

MAR. Pero si mi hijo está en contra de ella... ella me parece que está muy en favor vuestro, señor sobrino.

ANT. Con efecto, tia, no puedo menos de confesarlo; no tengo por qué quejarme. Es verdad que he atacado su corazon por medios irresistibles. He representado el Werther, el René, el Antoni; para abreviar, tia, creo que no la soy indiferente.

MAR. Pero... la amais de veras?

ANT. Qué si la amo? La idolatro!.. de manera que vuestra llegada conviene perfectamente con mis deseos.

MAR. Ay Dios! tendriais intenciones tal vez...

ANT. Y muy serias; y como vos sois la persona mas notable de la familia, desearia consultaros. Si, tia mia, el ejemplo de mi primo me determina: la dicha de que goza... mi sensibilidad natural... la simpatia de nuestros humores... en fin... decidme una palabra de aprobacion, y me caso con ella esta noche.

MAR. Que os casais? Y creéis que vuestro padre lo apruebe?

ANT. Por supuesto! Aunque todavia no he podido hablarle, porque hace dos meses que está fuera, y la señora de Melgar no hace mas que uno que está aqui. Pero entretanto vuestra aprobacion me seria gratisima.

MAR. Mi aprobacion es de todo punto inútil, en tanto que viva vuestro padre, caballero; y creo que sola su opinion es la que debeis seguir.

ANT. Pero... y si él os llama para que deis la vuestra?

MAR. La señora de Melgar, no es viuda?

ANT. La casaron casi una niña con un coronel que murió en Africa. Oh! es la historia mas interesante del mundo. La sacrificaron, tia, la sacrificaron.

MAR. No obstante, caballero, mi opinion es que siendo como sois jóven, y pudiendo elegir, no deberiais casaros jamás con ninguna mujer que no os diera sus primeras impresiones, su primer amor.

ANT. Pero tia, cuando os digo que ella no pudo sufrir nunca al coronel!..

FER. Basta, Antonio, basta; ya volveremos á hablar de eso en otra ocasion. Debes hacerte cargo que no es este el momento oportuno para ello. Acaba de llegar mi madre, y quiero gozar de los primeros instantes de su compañía. (entra un criado con un servicio de té.) Tomas el té con nosotros?

ANT. Me es imposible rehusar, puesto que he

aquí mi hermosa prima, á quien deseo hablar del asunto.

ESCENA IX.

Los mismos, y PAULINA.

PAU. Cuánto siento haberos hecho esperar, pero una visita intempestiva...

MAR. Cómo? y venis sola? Por qué no me lo traéis?..

FER. A quién?

MAR. A un personaje á quien quiero estrechar entre mis brazos cuanto antes; á mi nieto! Conozco que soy culpable en no haber preguntado antes por él.

FER. Madre mia!..

MAR. Qué? está enfermo?

FER. No le tenemos en casa.

MAR. Cómo! no le teneis con vosotros?

FER. Era la salud de ese niño tan delicada, aunque gracias á Dios ya está restablecido, que Paulina no vivia entre inquietudes y vigiliass; tanto que por mas que hacia, no podia vencerla. Por lo que tuve que tomar el partido, aunque violento, de hacerle entrar en un colegio que está á una legua y media de aquí. Un aire y unas aguas escelentes y muy buenos profesores. Su madre tiene el gusto de verlo dos veces á la semana.

ANT. Cuántos rodeos para decir lo que se siente! Cuánto mas valdria hacer esta confesion tan natural. Señora, me causa horror el ruido, y solo me gustan los niños, desde lejos.

FER. Antonio!..

ANT. Si, tia, si, reñidle: es un padre desnaturalizado. Y no soy yo el primero que lo nota, no.

MAR. Fernando, solo tengo una cosa que deciros, y es, que jamás os separásteis de mi lado hasta el dia en que entrasteis en la milicia.

PAU. Madre mia, si ha sido solo por mi interés...

MAR. No digo esto por vos, querida hija; yo sé que sois la misma dulzura, y que no sabreis mas que ceder; pero es preciso algunas veces tener carácter y saberse oponer.

FER. Mañana le toca venir, y pediré que le concedan quince dias de licencia.

PAU. (apretándole la mano.) Amigo mio..

MAR. Bien; y ya veremos si hay medio para que se quede siempre.

ANT. El té se va á enfriar.

MAR. Ya que estais en pie, hija mia, quereis hacerme el favor de darme una carta que teneis mia?

PAU. Con efecto, la habia olvidado... (abre el secretario y saca la carta.)

FER. (bajo.) Serenate por Dios, y enjuga esas lágrimas.

ANT. (á la Marquesa.) Os sirvo leche, tia?

MAR. Muy poca; gracias.

PAU. Tomad, señora marquesa.

MAR. Y para qué, hija mia! Creeis por ventura que tengo tan buena vista como vos? ojalá!

PAU. Entonces, si lo permitis, ocuparé la plaza de vuestra lectora.

MAR. Lo acepto con mucho gusto, y os pagaré en reconocimiento.

ANT. Tal vez mi presencia, tia...

MAR. No, podeis quedaros. Sin duda me hablará de sus desgracias, y son bien conocidas.

PAU. Empiezo pues: «Mi querida Cecilia; al cabo de cinco años de inútiles investigaciones, he llegado á saber cuanto ha sucedido al especulador que me ha arruinado, al hombre, á quien tan imprudentemente confié mi fortuna y la de mi hija; este desgraciado...

MAR. Qué?

PAU. El desgraciado Humanes...

FER. Humanes?..

MAR. Lo conoces acaso?

FER. No... no señora. Confundi el apellido.

MAR. Me pareció que te habia sorprendido el oírlo. Continúad, Paulina.

PAU. Se fugó á Francia con una muger llamada Paulina Martos...

ANT. Paulina! Vuestro mismo nombre, prima! Diantre! esa casta de mugeres debia tener un calendario especial.

PAU. «Cuyos dispendiosos caprichos han apresurado sin duda su ruina. Ved á qué manos ha pasado el dote de mi hija. Despues de haber estado un año en Francia, partió á Portugal, con yo no sé que especulaciones de dinero para el partido Miguelista, y fué, dicen, fusilado. Sin embargo, mi primo, que es el encargado de este asunto, y que se ocupa de él con toda la constancia y el ardor que sabeis, ha descubierto en Cadiz al tio de Humanes que es un respetable anciano, avecindado en esta ciudad hace muchos años, y ha sabido por él, que la muerte de su sobrino era dudosa, y que probablemente no estaria si no prisionero.»

ANT. Oh! pues eso ya es una ventaja...

MAR. Con efecto, aun puede tener esperanza de recobrar lo perdido. Continúad.

PAU. «Que esté muerto ó vivo, espero mucho de la honradez y justicia de este tio, cuya fortuna es muy considerable, y de quien era heredero. Parto pues con todos los papeles que atestiguan el abuso de confianza de que he sido victima. Si estubiese segura de que estabais ya en esa, iria para confiaros á mi pobre Florentina. Vuestra constante amiga, Maria.»

MAR. No dice el dia de su partida?

PAU. Si, en una posdata. Del diez al quince.

MAR. Y ya estamos á once... Cuanto me alegraré volverla á ver! A qué hora sale el correo?

PAU. Hasta las seis podeis escribir.

MAR. (mira la hora.) Oh!... pues no hay tiempo que perder: voy al momento. No conteis conmigo esta noche, hijos míos; tengo que arreglar mil cosas. Si podeis disponer de un momento, venid á darme un abrazo.

FER. (llamando.) Luis, conduce á la señora Marquesa á su cuarto. A Dios, madre mia.

MAR. Hasta despues, hijos míos.

ESCENA X.

Sale la MARQUESA.

ANT. Pero hermosa prima, que os ha dado? Oh! ya caigo; que corazon...! la lectura de esa carta!

PAU. No, nada... si no tengo nada...

ANT. Pero si esas son cosas que estan sucediendo todos los dias?... Ese tal Humanes será uno de los muchos agiotistas de que estamos plagados desde que el comercio ya no es un cálculo, sino un juego. Razon tiene mi padre cuando dice que si cayeran por sus manos esos estafadores

del gran mundo...
FER. Si, si, con efecto, tiene mucha razon tu padre; pero me parece que con esos trozos de moral, olvidas que tienes que vestirte todavia, y buscar el ramillete de tu adorado tormento.
ANT. Cáspita! pues nada mas sino que se me iba pasando; y si no me lo acuerdas... Jesus! en que falta iba á incurrir... voy á repararla volando. Ya verás que ramillete... y que chaleco estreno esta noche... repáramelo, estoy seguro que va á dar golpe, pues es el primero que se presenta de su clase. Hasta luego, primos. (vase.)

ESCENA XI.

Dichos, menos ANTONIO.

PAU. Al fin nos vemos solos. ¡Ay! cuanto he sufrido!
FER. Pues y yo! Maldita casualidad! Esa carta... quien lo hubiera creido!... Puede que no esté mas que prisionero!... habeis notado bien eso, señora?...
PAC. Fernando! no tenemos bastante con la realidad? A que crearnos desgracias imaginarias? Humanes ha muerto!
FER. Estais segura de ello, no es verdad? No me habeis engañado...
PAU. Que sospecha! Dios mio!...
FER. Oh! perdon, Paulina, perdon! Pero y si estubiese vivo?... Y si me encontrase un dia frente á frente de él?... Oh! esta sola idea me vuelve loco!...
PAU. Por piedad, amigo mio!...
FER. Paulina!... Paulina! Bien sabes que te creo; pero por Dios, que no revele nada tu semblante. Dominate; ha sido necesario toda la preocupacion de mi primo y de mi madre para que no leyesen todo en tu semblante. Siquiera por mi... puesto que mas que de ti de mi se trata...
PAU. Fernando!...
FER. Es que va en ello... mi reposo... mi porvenir... mi honor. Si se sospechára un dia... me veria deshonrado para siempre!.. Porque es imposible que nadie, absolutamente nadie, ni aun mi madre misma, puede llegar á comprender, hasta que punto has podido ser noble en la desgracia: virtuosa...
PAU. Decidlo de una vez, Fernando, á todo estoy resignada!
FER. No tengo nada que decir, Paulina, Dios me es testigo, que nada puede alterar el amor que te he jurado... la estimacion que me inspiras, pero el mundo juzga por las apariencias... y si tu pudieras...
PAU. Si yo pudiera mentir, no es cierto? Fernando, es imposible... lo sabeis, y tal vez vuestro noble corazon me ama por eso.
FER. Ese miserable Humanes...! Oh! quien me habia de decir que pudiera aborrecer hasta ese punto á un hombre á quien jamás he visto... que no me ha conocido... que ha muerto...
PAU. Si, y que no merece los nombres que le dan. Está inocente de su ruina como yo misma. Empresas desgraciadas.. y nada mas.
FER. Paulina! lo defiendes?
PAC. Defiendo su memoria.
FER. Paulina, olvida lo que te he dicho: no ha sido mi corazon el que ha hablado, ha sido mi cólera... mi orgullo! (Oh! no mas lágrimas,

amor mio! Basta de llanto. Quien en este mundo está libre de algun momento de amargura? Y el ser amado de ti, no las compensa todas?
CRIA. (anunciando.) La señora de Melgar.
FER. Paulina, es necesario que esta muger se aleje... que parta... te ha conocido en Francia, y... aun cuando su boca no pronuncie una palabra, sus maneras te venderán.
PAU. Haré cuanto pueda... pero tu me amarás siempre, ¿no es verdad?
FER. Oh! si, siempre! siempre!
PAU. Gracias, gracias! Dios que me ha concedido tanta felicidad, no querrá arrebatármela ahora. Anda, vete tranquilo.

ESCENA XII.

PAULINA, la SEÑORA DE MELGAR.

CAR. Se marcha tu marido porque yo llego, segun parece?..
PAU. No tal. Es que como está sin vestir, vá á ponerse un frac.
PAU. Pero, y tú, como estas asi todavia? Vamos, veo que he vuelto muy pronto.
PAU. No, nada de eso, al contrario; justamente tenia que hablarte.
CAR. Ya, sobre tu prendido de esta noche?
PAU. No: es de alguna mas importancia lo que tengo que decirte.
CAR. Habla pues.
PAU. Se trata de mi primo.
CAR. Ah! ah! de Antonito... ya sabrás que es mi amante declarado...
PAU. Pero... tú piensas formalmente...
CAR. Y por qué no? Si persiste en ofrecermelo su mano, como ya ha hecho, y si pone tanta elocuencia en persuadirme como esta mañana puso... Oh! francamente, no respondo de mi, y en un momento de debilidad...
PAC. Te casarias con él?
CAR. Y qué quieres tú? La muger no tiene otro destino.
PAU. Tú: La señora de Melgar!..
CAR. Si, aun cuando pierdo algo en la antigüedad del apellido; pero, lo que pierdo en antigüedad lo gano en solidez.
PAU. Pero .. y vivir en provincia?
CAR. Pst, casi casi ya me he familiarizado con esa idea! Y en cuanto al esposo, es preciso convenir, en que á pesar de todo, es un buen muchacho. Tiene caprichos singulares, pero yo me encargo de ello, y ya verás qué cambio, qué transformacion opero en él. Es un corde-rito.
PAC. Creo que encontrarás oposicion; porque su familia no se resignará jamás á semejante matrimonio.
CAR. Me parece que la familia de Campo-alto se ha resignado al tuyo.
PAU. Carlota!
CAR. Y no sé que razon pueda tener la suya para no resignarse con el mio. Por ventura, no se ha casado Elisa con un Duque y ha llegado á ser Duquesa con sus grandes trenes y sus lacayos de peluca empolvada? Y eso que no tenia gran mérito, un contralto bastante mediano y nada mas. Laura, ha llegado á ser Marquesa, y no por eso se ha desvanecido... porque ya sabes que ha continuado visitándome, y sin in-

chazon de ninguna especie; y yo creo que son tan grandes señoras como tu y tan ricas... y tan felices...

PAU. Tan felices!.. Ah! si: con efecto, bien pueden serlo...! (llora.)

CAR. Pues que, no lo eres? Dios mio. Lloras? Pobre Paulina! ya esto es otra cosa. Cuéntame, cuéntame, vamos, dime.

PAU. Que no les deseo una felicidad semejante. Oh! cuando me atrevo á rogarte que en obsequio á mi tranquilidad dejes esta ciudad, figurate cual será.

CAR. Ah! Ya sé lo que tu temes. Que se descubra cualquier cosa á causa de alguna indiscrecion! Pero crees tú que habia yo de ser capaz de turbar el reposo de tu marido revelándole...

PAU. Mi marido no tiene nada que saber.

CAR. Cómo? Le has confesado...

PAU. Todo.

CAR. Despues que te casaste?..

PAU. No: antes.

CAR. Y á pesar de todo...

PAU. Si, á pesar de todo... y á pesar de mi resistencia: porque Dios me es testigo de que no queria consentir en este matrimonio. Encontré fuerzas contra mi amor; pero no las tube contra el suyo. Oh! cuando vi que este amor resistia á las confesiones mas humillantes, mas crueles que una muger puede hacer á aquel á quien ama... conoci que era preciso ceder, y... cedi.

CAR. Ah! Vamos, ya comprendo tus penas. Y esa gran pasion se ha resfriado, y el ardoroso amante se ha convertido en un marido... un verdadero marido...

PAU. No, Carlota, no; Fernando me ama como el primer dia; no es su inconstancia ó su frialdad lo que causa mi tormento... sufro porque lo veo sufrir á él. Como mi dicha es la suya, está temiendo que á cada momento nuestro secreto se descubra; y la mas inocente palabra le parece un insulto. Juzga tu ahora, si no le inquietará tu presencia. Tú que me has conocido en Francia... y que con la mas leve inadvertencia que tengas, lo puedes revelar todo á su madre. Ya puedes calcular sus temores y comprender mis tormentos... adivinar, en fin, todo lo que no me atrevo á pedirte... y que debes hacer.

CAR. Si, querida mia, haré cuanto tú quieras. Conozco que soy ligera... loca... demasiado lo sé, pero por una amiga soy capaz de cualquier cosa. (con gravedad.) Mi vida no ha sido mas que un sacrificio prolongado.

PAU. Mi buena amiga!.. asi lo esperaba de ti. Cuanto te deberé!..

CRIADO. (anunciando.) El Señorito don Antonio y el señor Baron de Vasconcelos.

PAU. Que pasen adelante. Ya empiezan á venir. Hazme el favor de recibirlos aquí, interin me arreglo de cualquier modo y pasamos al salon. (vase.)

ESCENA XIII.

CARLOTA, sola.

Pobre Paulina! Y yo que la creia tan feliz! No, no: no quiero que por mi causa sufra ni un momento. Pero y yo? Es particular! A pesar de mi buena estrella, siempre he de encon-

trar obstáculos á todos mis casamientos. En fin, sacaré el partido posible, me divertiré y ya es algo.

ESCENA XIV.

CARLOTA, ANTONIO y el BARON DE VASCONCELOS.

ANT. Pues aun no hay nadie. Ah! Si tal, mi querido Baron... pasad, pasad, que entretanto esperamos á la señora de la casa, tendré el gusto de presentaros á su mejor amiga. Señora de Melgar, mi amigo el señor Baron de Vasconcelos...

BAR. Señora...

CAR. Caballero...

BAR. (ap.) Esta muger no me es desconocida.

CAR. (ap.) A este hombre lo he visto ya en otra parte.

ANT. Señor Baron, mirad los países de que ya os he hablado. A ver si os parecen lo que á mi?

Antolines.

BAR. Ya, os comprendo; deseais hablar á solas?..

ANT. Si lo permitis... tengo que decir dos palabras á esta señora.

BAR. Oh! con mucho gusto. Soy muy aficionado á las bellas artes. (se pone á mirar los cuadros.)

ANT. Carlota? Admitireis mis excusas por haberos dejado llegar la primera á la cita...

CAR. A la cita!.. estraña es la palabra. Es asi como llamais aqui á una soiree?

ANT. Perdonad... pero para mi era una cita; no debia considerarla de otro modo, puesto que os dignasteis decirme que vendriais y que me concederiais la primera polka que se bailara.

CAR. ¿Conque yo os he dicho todo eso?.. Será; pero ya no me acordaba.

ANT. Pues bien, os renuevo mi invitacion; y para que no lo olvideis, he aqui un ramillete que se encargará de recordároslo.

CAR. Dios mio! Jesus, que flores!.. precisamente las que menos puedo sufrir. Las que se resisten á mis ojos!..

ANT. Cómo? qué decis? Pues si son camelias y rosas de Bengala!.. Precisamente he buscado con toda exactitud las que me pedisteis.

CAR. Las que yo os he pedido? Vamos, vamos, os habeis vuelto loco. Está visto, caballero. Adios. Adios. (vase.)

ESCENA XV.

ANTONIO, y el BARON, despues, PAULINA y FERNANDO.

BAR. (echando el lente á Antonio.) Vamos, qué me decis de vuestra adorada?

ANT. Por favor, no me habéis de ella, estoy aniquilado.

BAR. Bah! eso no pasará de ser un capricho; corred en su busca, y de seguro dentro de cinco minutos ya estan las paces hechas.

ANT. Oh! por supuesto que si! Pero como llegue por segunda vez á despreciarme el ramillete, yo le aseguro que le ha de pesar. No faltará quien le admita con gusto y veremos. (vase por la misma puerta que Carlota. Fernando aparece por el fondo saludando á los convidados.)

BAR. (viendo á Paulina.) Hela aqui.

PAU. (entrando por una de las puertas laterales.) Caballero, os pido mil perdones...

BAR. Señora!..

PAU. (arrojando un grito.) Ah! Humanes!.. es un

sueño?..

BAR. No señora; es la realidad.

PAB. Estoy perdida!

FER. (*adelantándose.*) Dispensad, caballero. A quién tengo el honor de hablar?

BAR. Soy el baron de Vasconcelos, caballero.

Debia haberos sido presentado por vuestro señor primo; pero habiéndome abandonado, tendré que presentarme por mi mismo. (*se saludan.*)

PAB. (*ap.*) Dios mio! Dios mio! Tened piedad de mi!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración que en el primer acto.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO, solo, y paseándose.

Ese señor baron de Vasconcelos, que mi primo tuvo á bien presentar anoche, seguramente es un hombre singular... Varias veces traté de entablar conversacion con él, y siempre me fue imposible. Es de una sequedad tal en sus palabras, que disgusta al interlocutor mas determinado. No sé si me habré engañado... pero me pareció que su mirada trataba de encontrarse con la de Paulina, y que esta la eludía con cuidado y como cortada... y hasta hubo ocasion en que creí notar que hacia penosos esfuerzos por aparecer tranquila... Si se habrán conocido en otro tiempo!... pero... y qué hago?... Al casarme con ella no la he dado la mayor prueba de confianza que puede darse? Oh! no, no: nunca tendré derecho para estar celoso!

ESCENA II.

FERNANDO, y ANTONIO.

ANT. (*entrecabriendo la puerta del fondo.*) Querido primo, estás visible?

FER. Si, hombre, si.

ANT. Mucho me alegro que no me haya visto nadie hasta llegar aqui; porque de seguro hubieran notado la alteracion de mi semblante. No me lo conoces? No tengo el aire asi...

FER. Con efecto, traes una cara...

ANT. Traigo la cara de las circunstancias. Estamos solos?

FER. Del todo.

ANT. Deja que me asegure. (*yendo hacia una puerta lateral.*)

FER. Cuando te digo que estamos solos...

ANT. Pues bien, oye. Esta ha sido la primera vez que he presentado á un hombre de cuya conducta no pueda yo responder, personalmente; pero te juro que será la última.

FER. Harás perfectamente. Pero de quién se trata?...

ANT. De quién, he?... del baron de Vasconcelos.

FER. Del Baron!...

ANT. Del mismísimo. Se conocian, querido, se conocian!..

FER. Quiénes se conocian?

ANT. Y servirse de mi para que los reuniera!

Hacerse presentar por mi! Habrán creído que la broma era de gusto... y la cosa es que á mi me ha parecido muy pesada. Si señor, muy pesada.

FER. Pero de quién hablas, hombre? Sepamos, esplicate. A quién es á quien conoce el Baron?...

ANT. Toma! á quién ha de ser? A quién te puedes tú figurar que mas haya podido sorprenderme... á la señora de Melgar... á Carlota.

FER. Ah! (*respirando libremente.*)

ANT. Como, ah! Es ese todo el interés que tomas por mis penas?

FER. Pero hombre, para ello es preciso que yo le sepa primero cuáles son.

ANT. Ya sabes que me habia pedido un ramillete de Camelias y rosas de Bengala?

FER. Si.

ANT. Pues bien, no lo ha querido.

FER. Bah!

ANT. Tambien sabes que me habia prometido la primera polka?

FER. Cierto.

ANT. Pues tampoco la ha bailado.

FER. Y qué?... yo no veo en eso nada para que te pongas de ese modo.

ANT. Aguarda, aguarda. Ya comprenderás que semejante conducta debió exasperarme; asi es, que no la perdía de vista. Estaba siempre ante ella, fijo y helado como un espectro. Pues bien, despues que concluyó de bailar, y por tercera vez, el Baron se acercó á ella, la dijo algunas palabras por lo bajo, con un aire el mas disimulado del mundo; y creyendo que me ocultaba su maniobra, le entregó un billete.

FER. Un billete!

ANT. Si señor, un billete... un billete. Precisamente en el mismo instante levantó la vista la señora de Melgar y se encontró con mi mirada. Algo debia tener de terrible... porque al verme, soltó una carcajada... olímpica. Sin duda fue para ocultar su turbacion. Yo, en cuanto vi que habia producido efecto, hice como que me alejaba. A poco el baron y ella se separaron.—Esto pasaba en el salon azul. Vi que se encaminaba hacia el tocador, y, á escape, di la vuelta por los corredores, y llegué sin ser visto, hasta plantarme detrás de la puerta. La ingrata hablaba con tu mujer con el billete en la mano. Iba á saberlo todo!... pero la masa de sangre que refluía hacia mi cerebro, produjo en mi un efecto irresistible... estornudé! Carlota deslizó el billete en manos de tu mujer, y... se concluyeron las pruebas, estaba descubierta.

FER. Y tú has visto á la señora de Melgar dar el billete del baron á mi mujer?

ANT. Que si lo he visto? Lo mismo que te estoy viendo á tí. Pero á que no adivinas lo que me dijo cuando le pedi la esplicacion que se habia ya hecho indispensable?

FER. Se reconoció culpable?

ANT. Nada de eso! Me dijo... Si me dá vergüenza repetirlo... me dijo que... en fin, no lo hubiera creído en una persona de su condicion; me dijo, que qué vicho me habia picado!..

FER. Pero puede que te hayas engañado; puede que hayas creído ver lo que no ha sido.

do uno está celoso; se figura á veces cosas...
ANT. Hombre, vas á conseguir que pierda mi sangre fria. Si, lo confieso, estoy celoso, celoso como un tigre; pero tengo la vista de un lince, y he visto, visto, con mis propios ojos, á la pérdida Carlota entregar el billete del baron á tu mujer. Por consecuencia, querido primo, ya comprenderás que he sido el monote... el hazmereir de esas gentes. Oh! pero yo no he venido á verte para exhalar mi dolor en quejas inútiles... mi existencia está para siempre manchada, descolorida... pero soy hombre y sabré sufrir... porque quiero vengarme. Tú que has militado, sabes lo que el honor exige. No te parece que yo tambien debería escribir á ese señor Barón, que tanto éxito tiene en el género epistolar?

FER. Vamos, estás loco!

ANT. Me parece que no dudarás de mi infortunio. Y si he sido insultado, el honor de la familia está comprometido!.. y yo, por nada en el mundo dejaré comprometer el honor de la familia.

FER. Tranquilizate; que sobre ese punto soy tan susceptible como tú: déjame el cuidado de este asunto, y yo tendré una explicacion con la señora de Melgar.

ANT. Bien; pues yo entretanto hablaré con mi prima, y de ese modo, comparando sus respuestas, sacaremos en claro...

FER. No, no, ni una palabra digas de esto á Paulina, entiendes? Ni una sola.

ANT. Convenido; haré lo que quieras, siempre que hagas así, así; que lo tomes con calor.

FER. Yo? Ah! por supuesto!.. como que me intereso por ti... pero ya te lo he dicho; déjalo á mi cuidado, que yo me encargo de todo.

ANT. Está bien, me conformo. Dime, vais por fin esta mañana á visitar la fábrica de cristales?

FER. Si, vamos á llevar á mi madre, y á tener una especie de partida de campo.

ANT. Y os acompaña Carlota?

FER. No; se ha excusado. Y tú, vendrás?

ANT. No, gracias. Con que ha rehusado? Oh! yo sabré cuál es la causa. Me permites que te informe de lo que llegue á averiguar?

FER. No solo te lo permito, sino que te lo ruego.

ANT. Convenidos; pues así lo haré cuando venga saber el resultado de tus investigaciones. Pero me parece que alguien se acerca... será tu mujer ó tu madre. Me retiro, porque estoy demasiado agitado para presentarme ante ellas. Hazme el gusto de excusarme.

FER. Bien.

ANT. (volviendo.) Con que... positivamente crees que no es tiempo todavía para que me incomode?

FER. Te lo aseguro.

ANT. Pues hasta luego.

FER. Adios.

ESCENA III.

FERNANDO, y la MARQUESA.

MAR. Buenos dias, hijo mio.

FER. Buenos dias, madre.

MAR. Se desbarató nuestra partida de hoy.

FER. Por qué? El tiempo está magnifico!

MAR. No es por el tiempo; es que tu mujer está

un poco indispueta.

FER. Indispueta? Pues si hasta ahora no se ha quejado de nada! (ap.) Es particular! (alto.) Y su indisposicion es de tal naturaleza que le hará guardar cama?

MAR. No; pero como la estacion está algo cruda...

FER. Con vuestro permiso, voy á su cuarto á informarme.

MAR. Creo que será inútil; pues iba á seguirme al momento. (mirando.) Con efecto, aquí está ya...

ESCENA IV.

Los dichos, y PAULINA.

FER. En este momento iba á verte. Me acaba de decir mi madre que estabas indispueta...

PAU. No te inquietes, amigo mio. Me siento un poco débil y nada mas.

MAR. Con efecto; teneis la voz alterada... y hasta se diria al veros el semblante, que habiais llorado esta noche.

PAU. Oh! esto no será nada!

MAR. No, no: yo no voy; Fernando irá solo y nos excusará. Me quedo á acompañaros.

PAU. Gracias, señora! Gracias, madre mia! Pero es tan poca cosa, que no merece la pena que os priveis de asistir por ello. Está el tiempo tan hermoso, que de ningun modo lo consentiré.

FER. Y aun me atreveria á añadir, madre mia, que puesto que realmente la indisposicion de Paulina es tan leve, y que, con efecto, sentiria mucho que no asistierais por su causa, no podeis dispensaros de ello en obsequio á las personas que lo han dispuesto tan solo por festejaros. Además, ya conoceis la susceptibilidad de las gentes de provincia, lo tomarian á desaire y creerian que el no haber asistido anoche á la reunion, y el no ir hoy á la partida, era efecto del orgullo. No pensais así, Paulina?..

PAU. Dices eso con un tono tan raro... si crees que mi ausencia ha de ser tambien notada... y que es necesario que absolutamente vaya.... Si lo exijes en fin...

FER. Si yo lo exijo? Yo no he exigido nunca nada, Paulina! Y no esperaria seguramente una ocasion en que como esta, decís que estais mala, para ejercer los actos de un tirano.

PAU. Sé que sois la misma bondad; y jamás ha estado mas lejos de acusaros mi corazon, que en este momento.

FER. Creo, madre mia, que podemos partir sin inquietud, cuando Paulina asegura que su indisposicion no tiene nada de alarmante.

CRIADO. (anunciando.) Las señoras de Moran estan á la puerta en el coche, y preguntan si está pronta la señora marquesa.

FER. Di que allá vamos.

MAR. (á Paulina.) Conque, resueltamente queréis que vaya?

PAU. Os lo ruego, madre mia.

MAR. Cuidaos, pues, mucho, y que á la vuelta os encontremos ya buena.

PAU. Oh! si, si, lo estaré.

FER. (ap.) Ah! Paulina, Paulina! Pero no; es imposible. (alto.) Vamos, madre?

MAR. Si, vamos. Adios, hija mia!...

PAU. Adios, señora...

ESCENA V.

PAULINA.

Se va sin decirme una palabra... Dios mio! si sospechará alguna cosa? Oh! no; no es posible. Temblaba que su madre se hubiera obstinado en quedarse, porque entonces, qué hubiera sido de mi? Me quedo yerta en pensarlo solo. (se asoma á la ventana.) Ya entran en el carruaje... me ha visto... pero... y qué tiene de particular que me asome á la ventana? No es natural que quiera verlos salir? Ay! es que en mi posicion de todo me parece que van á sospechar... todo me asusta! (mira al reloj.) Las diez. Ya era tiempo! (Carlota entra.) Ah! Carlota!...

ESCENA VI.

PAULINA, y CARLOTA.

CAR. Estaba esperando á que se fueran para entrar. Dime, cómo estás?

PAU. Ah! no lo sé! Tengo la cabeza perdida... estoy loca.. no sé qué va á ser de mí!

CAR. Pobre Paulina! Qué fatalidad, querida mia!

PAU. No es cierto? No es verdad que esto tiene alguna cosa de inaudito y de terrible, y que es un milagro el que haya podido soportar su presencia con tanta firmeza?

CAR. Pero los periódicos, no anunciaron oficialmente su muerte?..

PAU. Crees tú, que si yo no hubiera tenido las pruebas mas convincentes, en la apariencia, me habia de haber casado?..

CAR. Conozco cuan horrible es tu posicion... y si tu marido llega á saberlo...

PAU. Si llega á saberlo!.. Oh! no lo digas, Carlota! No hagas que me desespero. No quieras que pierda la poca razon que ya me queda... y de que tanto necesito!..

CAR. Pero sepamos. Qué te decia en esa desdichada carta, que me vi obligada á entregarte yo misma?

PAU. Oyelo: (lee) »Señora, es absolutamente preciso que os hable mañana por la mañana, y no otro dia. Tratad de alejar á vuestro marido. La ventana del salon abierta, será la señal de que lo habeis logrado, y de que podré presentarme de diez á once en vuestra casa. Ningun peligro correis en recibirme, pues he cambiado de nombre; y mi visita pasará por la de cumplido que estaba en el deber de haceros.»

CAR. Y no dice nada mas?

PAU. Nada.

CAR. Una visita de cumplimento á las diez es un poco sospechosa.

PAU. Y qué podrá querer de mi? Oh! Dios mio! No me ha hecho sufrir bastante!..

CAR. Y qué es lo que has resuelto?

PAU. No recibirlo; no volverlo á ver; y para eso te he escrito esta mañana. Carlota, cuento con tu amistad.

CAR. Habla. En qué puedo serte útil?

PAU. En recibirlo por mí.

CAR. Bien, lo haré; pero y qué le digo?

PAU. Escucha; conozco que á pesar de todo, es

un hombre de bien, y que su corazon no está pervertido. Mi posicion debe ya saberla. Dile que soy dichosa en ella, y que fio en su generosidad. Que si mi marido llega á saber su existencia, toda felicidad es imposible, y que no me queda mas recurso que morir. Que ningún interés puede tener en querer sumir en la desgracia á una mujer que ha querido en otro tiempo, y que no le ha hecho mal alguno... dile, en fin... pero Carlota, tú que eres mujer, que eres bondadosa, que me compadesces y que me amas... dile lo que tú quieras; todo aquello que pueda conmover su corazon. Y si es preciso, pídele hasta piedad en mi nombre. Se trata de la dicha de mi marido, y el orgullo debe callar.

CAR. Querida Paulina, cálmate y confia en mí. Yo le hablaré, le contaré todo, y á menos que no sea un malvado, no podrá dejar de acceder. Mas la hora se acerca; son las diez y media... ya no puede tardar.

PAU. Ay! creo que voy á morir!

CAR. Abro la ventana?

PAU. Abrela. Dios mio!

CAR. Vamos, valor; te repito, que como abrigo su corazon siquiera un sentimiento generoso, no querrá causar la desgracia de una familia entera. Creo que con que solo te presentases, tendria piedad de ti.

PAU. Oh! no, no. Solo la fuerza podria hacer que me presentara ante su vista.

CRIADO. (anunciando.) El señor Barón de Vasconcelos.

PAU. Que pase adelante. Carlota, por Dios. Trata de averiguar qué es lo que le trae á esta casa; y... si fuera posible que me amase aun... oh! en nombre de ese mismo amor... conjúrale para que se aleje.

CAR. Que se acerca; retírate.

PAU. Carlota... por compasion... (vase.)

CRIADO. El señor Barón.

CAR. Luis, cerrad esa ventana. (Luis hace señal de que pase el Barón, cierra la ventana y se retira.)

ESCENA VII.

CARLOTA, y el BARON.

BAR. Sola, señora?..

CAR. Si: Paulina está mala, y me ha rogado que la reemplace.

BAR. En cualquiera otra circunstancia, señora mia, usando de la debida galanteria, os diria que me daba la enhorabuena por el cambio; pero hoy, me veo obligado á usar de la franqueza y á deciros que es con ella, con quien tengo necesidad de hablar, y no con vos.

CAR. Señor Barón de Vasconcelos, ó mas bien, señor de Humanes... porque este es vuestro verdadero apellido, habeis pensado bien en la situacion que se encuentra mi pobre amiga? Sabeis á lo que la esponéis con vuestra presencia?

BAR. Señora de Melgar ó mas bien, Señorita Garcia, porque este es vuestro verdadero nombre de batalla, podrias decirme, que es lo que ha sido del Conde de Ladry, abonado en el teatro Italiano de Paris?

CAR. Ha marchado á la India despues de haber

asegurado una renta de 25000 francos, á la persona de quien habia sabido apreciar el desinteresado cariño que le profesaba. Pero volviendo á Paulina, ¿me direis, con franqueza, cuál es el objeto de vuestra visita?

BAR. Y esa persona, á la cual ha dejado esa muestra de interés, no hablaba á cada instante de un marido que tenia... allá... no sé dónde... cómo es que no ha ido á reunirse con él?

CAR. Eso es precisamente lo que se apresuró á hacer... Pero ignorais la desgracia que se lo impidió?

BAR. Cómo! qué decis?

CAR. Que el pobre coronel...

BAR. Dios mio! alguna desgracia!

CAR. Justamente; murió.

BAR. Ba! ba! ba! Pero á mi vez, os preguntaré; francamente, habia existido?..

CAR. Caballero!..

BAR. Vamos, no os incomodeis. Por qué? Vos me preguntais, yo hago otro tanto; nada mas natural: y os advierto que si os parece agradable la conversacion, por este estilo la puedo prolongar hasta que gustéis.

CAR. Conque es decir, que rehusais abiertamente contestarme?

BAR. Absolutamente.

CAR. Pues bien; una palabra tan solo. Contestadme si ó no; quereis perder á Paulina?

BAR. No... si me concede la entrevista que reclamo: y si en esta entrevista obtengo lo que deseo, mañana dejo á Sevilla y no me volverá á ver jamás.

CAR. Y si se niega?

BAR. Me parece que no se atreverá, y la prueba es, que esa puerta, hácia la cual se dirijen continuamente vuestras inquietas miradas, estoy seguro que no tardará en abrirse.

ESCENA VIII.

Dichos, y PAULINA.

PAU. No os equivocais, heme aqui.

BAR. Ignoraba ser tan buen profeta.

PAU. Y yo ignoraba que fueseis tan cruel... Carlota, retírate; dejanos solos.

ESCENA IX.

PAULINA, y el BARON.

PAU. Ahora, ya podeis hablar, caballero; qué me quereis?

BAR. Paulina!

PAU. Os ruego... por vos mismo, que os acordeis que me llamo la señora de Campo-alto.

BAR. La señora de Campo-alto?... Sea; pero me hareis la justicia de creer que no ha consistido en mi el que no lleveis otro apellido... por que cuando huisteis!..

PAU. Caballero, si yo hubiera aceptado vuestro nombre, lo hubiera hecho respetar como haré que se respete.. el que llevó. Es un depósito sagrado que se confia á la muger, y ni promesas ni amenazas podrán impedirme que lo conserve intacto. Esto dicho, podeis hablar: ya veis que os escucho.

BAR. Perdonad, si no puedo esplicarme tan pronto como deseais. Considerad la emocion que debo experimentar al veros.. y que realmente experimento.

PAU. Ah! por piedad! acabad lo mas pronto que podais... Os lo suplico!..

BAR. Siento decirlo, señora, que me es imposible el complaceros, sin que tenga que pasar por ciertas circunstancias que me prohibis el recordar.

PAU. Yo no os he prohibido nada; solo os he suplicado que me ahorreis el escucharlas. Si no quereis tener esa generosidad, continuad, ya os escucho.

BAR. No continuaré: pues lo exijis no hablaré de mi ni una sola palabra; pero si me es permitido el sacrificarme á vuestros escrúpulos, no lo es, ni puedo inmolaros el último interés que he conservado en el mundo: ya adivinareis que quiero hablar de mi hijo.

PAU. De vuestro hijo!

BAR. Sin esta causa, no me hubierais vuelto á ver.. Seguramente no hubiera turbado la dicha que disfrutais, si no fuera por este hijo cuyo pervenir estoy en el deber de asegurar.

PAU. Vos? Ah! si es el amor por vuestro hijo el solo sentimiento que os ha guiado, perdonadme, os habia juzgado mal. Mi hijo, gracias al cielo, es dichoso, y su pervenir no puede inspiraros ninguna inquietud. Por un contrato que hemos celebrado secretamente, pero cuya existencia os garantizo, el marqués, mi esposo, lo ha reconocido, y lo ha hecho por consecuencia el legítimo heredero de su fortuna y de su nombre.

BAR. Su nombre...! Y conque derecho le habeis privado del mio?

PAU. Caballero!..

BAR. Que hayais dispuesto de vos, lo concibo perfectamente: los periódicos portugueses publicaron la falsa noticia de mi muerte, y, ademas, erais libre. Pero mi hijo!.. con que derecho habeis dispuesto de él? Mi hijo me pertenece y vengo á reclamarlo.

PAU. A reclamarlo? Como! Venis á reclamarme á mi hijo?..

BAR. Si señora.

PAU. Pero no habeis comprendido lo que os he dicho? Pablo es ya el hijo del Marqués de Campo-alto, quien lo ha reconocido y le ha dado un nombre y un pervenir.

BAR. El Marqués de Campo-alto habrá hecho lo que le habrá parecido; pero lo que él ha hecho, á mi no me obliga de ningun modo; y como sus derechos solo estan fundados en una ficcion legal, no pueden contrarrestar en nada á los mios, que son los que da la sangre.

PAU. Pero, hablais formalmente? Olvidais que al nacer ese niño pudisteis reconocerlo y que no lo hicisteis?

BAR. Me disteis tiempo para hacerlo? No me abandonasteis? No os ocultasteis perfectamente en París, que por mas que hice no me fué posible hallaros?

PAU. Por lo que os dejé, bien lo sabeis. Os dejé en el momento en que pude hacerlo, porque siempre estube en vuestra casa como una víctima, como una prisionera, y no queria que mi hijo se alimentase con el pan de la infamia.

BAR. Señora, ya una feliz casualidad ha reparado los agravios que cometi para con vos, dejadme que repare al menos los que cometi para con él.

PAU. Que, señor, creéis que vuestro hijo podría agradecer un día el que hubieseis deshonrado á su madre!.. porque á vos no puede ocultarse cuál es mi posición en la familia de Campo-alto. Hace cinco años que nos hemos casado, y todo el mundo cree que Pablo es el fruto de esta unión... Confiarlo á vos, sería decirlo todo, confesarlo todo! Que interés tenéis en perderme? Ah! no me habéis de vuestro hijo, porque para él, sobre todo, es para quien sois cruel! Quereis privarlo de una posición cierta para darle una existencia pobre, aventurera, miserable? Oh! esto es horroroso! Justificaos, pues, señor, justificaos si podeis.

BAR. Con una palabra puedo hacerlo. Al llevarme á mi hijo, le doy más que le quito.

PAU. Explicaos claramente, caballero; considerad que estoy en un suplicio!..

BAR. Lo haré tan claramente como pueda, pues como vos, deseo acabar cuanto antes. Varias veces me habéis oído hablar de un tío que me ha criado y que vive en Cadiz.

PAU. Si, con efecto...

BAR. Pues bien, este tío es millonario y yo debía ser su heredero. Pero hoy prevenido en contra mía, vacila en dejarme una fortuna que, según él, disiparía en tan poco tiempo, como disipé la que me dejaron mis padres: y solo está dispuesto á hacerlo en favor de este hijo, cuya existencia le he revelado sin nombrarle á su madre. Este arreglo lo concilia todo. Satisface sus recelos, y si es preciso decirlo, mis necesidades. Mi hijo será el propietario de los bienes de mi tío, y yo, hasta que llegue á su mayor edad...

PAU. Gozareis las rentas! Os comprendo, caballero; vuestro amor paternal, es una especulación y nada más.

BAR. Señora...

PAU. Y me proponéis que consienta en ser vuestra cómplice? Jamás, jamás!

BAR. (aproximándose.) Paulina, comprended bien. Cambiais los papeles. Me estais hablando como si mi suerte estuviera en vuestras manos. Conoced mejor vuestra posición, y haced lo que os voy á decir. He aquí lo que quiero. Una carta para el director del colegio donde está mi hijo; con ella me presentaré y todo está dicho. Ya veis que procuro evitar todo ruido, todo escándalo. En cuanto á la posición que teméis tanto perder...

PAU. Ah! Señor! por ventura se trata ahora de mi posición, de mi honor? Se trata de una cosa para mí más sagrada que todo eso... se trata de mi hijo. Ya no es la señora de Campo-alto la que os habla, es una madre á quien desesperais! Pensad que mis derechos, al menos, son tan sagrados como los vuestros! Dejadme á mi hijo! Oh! por piedad, dejadme á mi hijo!

BAR. Solo una cosa tengo que responderos: para llevarme ese niño que mi tío me pide, he dejado á Francia, donde estaba con seguridad y he venido á España, en donde de un momento á otro pueden prenderme. Mañana por la mañana debo marchar; ya veis que no tengo tiempo que perder. Por consecuencia, si dentro de tres horas no he recibido la carta que os he rogado escribais, me veré en la precisión de venir á pedirsela al Marqués de Cam-

po-alto, y veremos si él también se atreve á rehusármela.

PAU. Oh! Pero eso será la sentencia de muerte para uno de los dos!

BAR. Hasta dentro de tres horas, señora. (saluda y vase.)

ESCENA X.

PAULINA.

Se ha ido?... Dios misericordioso!.. Ha sido un sueño solo, lo que por mí ha pasado? Oh! no; la amenaza que me ha hecho al salir resuena aun en mi corazón. Que vendrá á pedir su hijo al Marqués...! Si... eso ha dicho! eso ha dicho! Cielos santos, que situación tan espantosa! Y que hago? que debo hacer? Y ha dicho que á las tres volvería. Oh! Dios mio! Dios mio! Si Fernando, á quien he visto demudarse con la sola idea de su existencia, llega á saber, no solo que vive, sino la terrible ley que quiere imponerme... Oh! adivino su respuesta...! Un duelo, un duelo á muerte! Que horror! si si, yo debo evitar á todo trance que se encuentren. Pero mi hijo... y mi pobre hijo?... Se lo tendré que entregar entonces... (pausa.) Oh!... Que idea! no puede negármelo! No me atrevo á considerar las consecuencias de la carta que voy á escribir, pero en la posición en que me encuentro, cinco ó seis días de plazo, tal vez puedan ser la vida. (se pone á escribir.) «Caballero, estoy dispuesta á consentir en separarme de mi hijo, pero con una condición... Se que vuestro tío es un hombre de honor, y no tengo inconveniente en declararle mi secreto..»

(En este momento, se abre la puerta y entran Fernando y la Marquesa. Paulina arroja un grito y oculta en el pecho la carta que escribía.)

ESCENA XI.

PAULINA, FERNANDO, LA MARQUESA despues ANTONIO.

FER. (ap.) Escribía!..

PAU. Como, tan pronto de vuelta? (levantándose.)

MAR. No hemos hecho más que llegar. Fernando tenía tal prisa por volver!.. y aun yo misma: ya se ve, nos inquietaba tanto el estado de vuestra salud. Y cómo os hallais? Mas aliviada, no es verdad?

PAU. Si señora, estoy mucho mejor.

MAR. Sabéis la noticia que acabo de recibir? Que mi excelente amiga no hace más que llegar en este momento. Ha salido antes de lo que me decía y ya está aquí. Me ruega que vaya á verla; pero tengo que pedir os un favor...

FER.Cuál?

MAR. María, es mi amiga de la niñez... no va á estar aquí más que el tiempo preciso para descansar uno ó dos días... podemos consentir que se quede en la fonda donde ha ido á parar?

FER. Al contrario, madre mia, es preciso rogarla que se venga con nosotros.

MAR. Y para que no tenga ningún pretexto para negarse á la invitación, Paulina debería acompañarme...

PAU. Yo!

MAR. Os ruego que hagais por mí ese esfuerzo:

ESCENA XIV.

PAULINA y FERNANDO.

PAU. Es cierto que teneis que salir?
 FER. Acaso, señora, teneis necesidad de quedarnos sola otra vez?
 PAU. Yo! qué quereis decir?
 FER. Quiero decir, que ya es tiempo de darme la esplicacion que os he pedido.
 PAU. Una esplicacion! y sobre qué?
 FER. Sobre el billete que recibisteis anoche, en el baile: sobre la visita que habeis tenido en mi ausencia: sobre la carta, en fin, que estabais escribiendo cuando entramos.
 PAU. Lo sabe todo! (ap.)
 FER. No penseis en negarlo, señora! Estoy seguro de los hechos, y espero que los justifiqueis.
 PAU. Reconozco que estais bien instruido y no negaré nada. Pero... Fernando! espiais mis pasos? No teneis ya confianza en mí?
 FER. Mala ocasion escojeis para hacerme semejante reconvenccion! Vuestra justificacion es la que espero. Veamos, no os turbeis. Preparad todos vuestros medios de defensa para que os crea; os amo tanto, que puedo ser todavia bastante insensato para creerlos. Con que, confesais que la señora de Melgar os entregó anoche un billete del Baron de Vasconcelos?
 PAU. Lo confieso.
 FER. Y en este billete se solicitaba, sin duda, una cita para esta mañana?
 PAU. Es cierto...
 FER. Y el Baron, ha venido... y la entrevista ha tenido lugar... pero habiéndose interrumpido por cualquier causa que ignoro, le escribiais lo que le dejasteis por decir... Enseñadme esa carta, señora, enseñadmela...
 PAU. Esa carta ya no existe. Previ que me la pediriais y la he desgarrado.
 FER. La habeis desgarrado!
 PAU. Creedme, es un servicio que os he hecho.
 FER. Pero que deciais en ella?
 PAU. Nada de que pudiera avergonzarme, y sin embargo, nada que pudierais saber. No tengo otra cosa que decir.
 FER. Bien: puede que el Baron de Vasconcelos sea menos discreto que vos.
 PAU. A dónde vais?
 FER. Voy á preguntar á ese hombre cuando os ha conocido, y con qué títulos se ha atrevido á escribiros. Os estimo demasiado para creer que fué ayer la primera vez que lo visteis.
 PAU. Fernando, si en vuestro pecho hay un destello de amor, ó un resto de piedad para mí, no vayais á casa del Baron... Escuchadme, lo exijo... Vos que me habeis sacado del fango donde yacia y á donde nunca debí descender, para elevarme á una altura á donde, tal vez, nunca debí subir; vos que habeis dado tan generosamente un nombre y un porvenir á mi hijo; vos podriais creer que os engañaba?... No comprendéis que si fuera capaz de ello, no habria espresiones para calificar mi infamia?..
 FER. Paulina, para que yo haya llegado á sospechar de vos, preciso ha sido que las mas fuertes sospechas, se hayan reunido en contra vuestra. Por mas que me ciegue mi amor, no puedo cerrar los ojos á la evidencia... Como quereis que me explique ese billete, esa cita,

esa carta! Cuando vos misma no podeis explicármelo? Yo no pidó mas, yo no quiero mas que encontraros inocente: una prueba, una sola prueba de que lo estais, Paulina: sino es por vos, siquiera por mí.
 PAU. Ay de mí! no puedo hablar. Mi justificacion acarrearía mas desgracias, que mi silencio. Pero... escuchadme! Os acordais del dia en que rehusando por la vigésima vez vuestra mano, os daba por excusa estas razones: «Fernando, yo seria vuestra con toda mi alma, si Dios, en el momento de uniros, pudiera borrarlos el pasado! Pero esto no es posible; y yo tengo el pasado contra mí; es decir, alguna cosa de inexorable y de terrible que desafia hasta el poder de Dios mismo... una especie de fantasma que nos acompañaria hasta la tumba! Llegaria un dia en que tendriais celos, y entonces, el recuerdo de mi falta, convertiria vuestras dudas en sospechas y vuestras sospechas en certidumbres!! Fernando, no os caseis jamás conmigo!» Vos, os arrojasteis á mis pies! y... recordais lo que me respondisteis?...
 FER. Si, si, me acuerdo...
 PAU. Querida Paulina, me digisteis, escuchadme... nadie debe prometer mas que lo que pueda cumplir! Si, tienes razon; es posible que llegué alguna vez á estar celoso; pero si algun dia soy bastante desgraciado para sospechar de ti, bastante loco para creerte culpada... aun cuando todas las apariencias estén en contra tuya... no te justifiques, Paulina; tiéndeme solamente la mano, y dime: te juro, delante de Dios que nos escucha, que te amo, y que estoy inocente! Que entonces, yo me arrojaré á tus pies, y te diré: ¡Perdoname!» Contando con esta palabra, fué como consentí en casarme con vos... El momento que yo temia y que tu previstes, este momento solenne ha llegado ya... Nunca podrá sufrir nuestro amor una prueba mas cruel. Pues bien, mirame frente á frente, los ojos no pueden mentir nunca. Fernando, he aqui mi mano. Te juro delante de Dios que nos escucha, que te amo, y que soy inocente!
 FER. (arrojándose á sus pies.) Paulina! mi Paulina; Perdoname!
 PAU. (levantando las manos al cielo.) Gracias, Dios mio! Todavia puedo ser dichosa.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion en la fonda donde para el Baron. Puerta en el fondo y otra á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

PAULINA, sentada junto á una mesa, muy pensativa y cubierta con un velo. El Baron entrando por la puerta del fondo.)

BAR. (hablando con el criado desde dentro.) ¿Que está una muger en mi cuarto esperándome hace diez minutos? (entra) Con efecto; dejanos.

PAU. (levantándose.) Al fin llegó.

BAR. Puedo saber, á quien tengo el honor...

PAU. (*levantando el velo.*) Yo soy, caballero.

BAR. Vos aquí, señora! Vos en mi casa? Cuando no me atrevia á esperar que una carta...

PAU. No he querido escribiros, porque lo que tengo que deciros es demasiado importante para fiarlo al papel. Hacedme el gusto de prohibir que entre nadie... Ya sabeis á lo que me espongo al venir así á vuestra casa.

BAR. (*echando el cerrojo á la puerta del fondo.*) Estais obedecida.

PAU. (*señalando á la puerta lateral.*) Y esta otra?

BAR. Dá á un cuarto habitado por mi tambien.

PAU. Pero... tiene alguna salida?

BAR. Si, una puertecilla que comunica con un patio interior; pero está condenada.

PAU. Ya conoceréis cuan arriesgado es el paso que doy; pero es necesario.

BAR. Veo una prueba de confianza que me enorgullece; pero, os lo repito, una carta era suficiente,

PAU. Oh! no. En una carta no hubiera podido explicaros, la angustia, la amargura que habeis arrojado en mi corazon con vuestra inesperada presencia, y las horribles sospechas que habeis sembrado en un matrimonio antes tan feliz.

BAR. Cómo es eso?... pues qué, vuestro marido ha sabido...

PAU. Menos vuestro nombre, todo lo sabe: y ha sido un milagro que haya podido justificarme á sus ojos, sin verme obligada á descubrir la verdad.

BAR. Sin embargo, preciso será, que tarde ó temprano tomeis ese partido.

PAU. Nunca! Jamás! Precisamente para evitarlo he dado este paso tan imprudente: eso solo es lo que me ha hecho venir á hablaros.

BAR. Os escucho, y con mucho gusto me prestaré á todas esas precauciones que quereis tomar, siempre que tengais presente, como os suplico, la necesidad en que me encuentro... mañana es preciso que parta con mi hijo.

PAU. ¡Ay! Cuan cruelmente abusais de mi posición! Sabeis que no puedo confesar á mi marido que existis, que os he vuelto á ver, sin provocar entre vosotros un duelo á muerte... Sabeis esto, y lejos de compadecer mi dolor... ¿Pero qué estoy diciendo, si tal vez deseais vos este encuentro?...

BAR. No tal, señora; no deseo ser conocido de vuestro esposo.

PAU. Pues entonces, aceptad la proposicion que vengo á haceros. Es el único medio de conciliarlo todo.

BAR. Veamos, hablad.

PAU. No me habeis pedido á Pablo para llevarselo á vuestro tio?

BAR. Con efecto, así es.

PAU. Vuestro tio, no quiere educarle y nombrarle su heredero?

BAR. Educarlo... no lo sé á punto fijo, puede que si. En cuanto á hacerlo su heredero, me lo ha prometido solemnemente.

PAU. Pues bien, señor, de Cadiz á aqui, la travesía es facil y corta. Decid mi secreto á vuestro tio, cuya reputacion me ofrece toda clase de garantias, y suplicadle que venga. Entre tanto yo preparo á mi marido para su visita y para la reclamacion que vendrá á hacernos.

Con esta condicion, caballero, y con la de que no revelará vuestra existencia, puedo... ¡ay! horrible es hasta decirlo, puedo consentir en separarme de mi hijo! Creo, que si os queda algun resto de humanidad, no exijireis mas á una infortunada esposa, y á una madre infeliz.

BAR. Desgraciadamente, el plan que me proponéis, es imposible.

PAU. Imposible! y por qué?

BAR. Porque mi tio está imposibilitado de moverse de un sitio. Tiene una enfermedad que le deja muy poca esperanza de vida.

PAU. Que escriba entonces. Una carta suya bastará. Si, mejor es una carta; que la escriba, y mi esposo mismo le llevará á su sobrino. Os doy mi palabra. Os lo juro, caballero.

BAR. Pero no veis que durante ese tiempo puede morir mi tio, y que entonces, todo está perdido?

PAU. Para vos, no es eso?

BAR. Y para mi hijo tambien. Vamos, señora, conceded que no hay otro partido que tomar mejor que el que os he propuesto. Aqui teneis pluma y papel: escribid dos lineas al director del colegio donde teneis á mi hijo, y os prometo que en mi vida volveis á verme.

PAU. Silencio, por Dios!

BAR. Pues que hay?

PAU. Alguien se acerca á esa puerta. (*llaman dentro.*)

BAR. Quién es?

FER. (*dentro.*) El marqués de Campo-alto.

PAU. Dios mio! mi marido! Sabe que estoy aqui; ¡ay! soy perdida!

BAR. Todavía no, señora, escondeos.

PAU. Pero, á dónde?

BAR. Aqui.

PAU. (*entrando en el cuarto de la derecha.*) Protejedme, Dios mio!

BAR. El marqués en mi casa..! bien; todo estaba previsto.

ESCENA II.

EL BARON y FERNANDO.

BAR. Entrad, señor marqués.

FER. Dispensad, caballero, el que me presente en vuestra casa á esta hora, y el que haya insistido en veros; pero me ha movido á ello el deseo de seros útil dándoos un aviso importante.

BAR. Hacedme el gusto de tomar asiento.

FER. Gracias. Concluyo en dos palabras. He sabido hace un momento en casa del gefe político, amigo mio, y que no sabia que me habia hecho el honor de presentaros en mi casa, que la fonda en que parais está señalada á la policia como lugar de reunion para los que participan de las opiniones, que segun dicen, participais vos. La eleccion que habeis hecho de ella ha fortalecido esta suposicion; por lo que ó mucho me engaño, ó esta misma tarde han de haceros una visita domiciliaria.

BAR. Teneis razones para sospechar...

FER. Tengo razones para estar seguro. Y como no se me ha dicho bajo secreto, no tenia ningun motivo para callarlo y si muchos para preveniros. He dudado algun tiempo si vendria yo mismo, ó si os escribiria; pero he creído que

FER. Humanes!... El!... Ese hombre vive? Ah!
No me engañas, Paulina?

PAU. No; no te engaño... es él!...

FER. Paulina! Oh! que es lo que he dicho! Qué he
hecho! Como podrás perdonarme!

PAU. Es eso lo que te importa? Pues bien, si, te
perdono y te amo. Pero, querido Fernando,
olvido para lo pasado.

FER. Oh! si soy digno del; Paulina, perdona al
exceso de mi amor que me ha hecho un insen-
sato... Gracias, Paulina, gracias. Mi corazon
queda libre de toda sospecha. Yo seré feliz y
tú tambien. Ahora yo me entenderé con ese
hombre!... *(va a salir precipitadamente y apare-
ce la Marquesa.)*

ESCENA IX.

Dichos y la MARQUESA.

MAR. Hijo mio!

FER. Madre! vos aqui!...

PAU. Cuando te decia que la tomaba por juez!

MAR. *(aproximándose a Paulina.)* Fernando, tu
mujer es digna de ser mi hija.

FER. Ah! puedo partir tranquilo. Yo os reco-
miendo la una a la otra. Adios!!

MAR. Hijo mio! á dónde vas? Ven, acércate mira,
nos hemos salvado! lle aqui las cartas de tu
mujer. En cuanto el señor de Humanes, estoy
segura de su silencio. Solo á ese precio me he
comprometido á salir garante del de mi amiga.

FER. Y qué me importa su silencio? Qué me im-
portan sus cartas? Es su vida lo que yo necesi-
to ¿á dónde está?

MAR. Ya ha marchado.

PAU. Se fué?...

MAR. Para siempre! Sale fuera de España.

FER. Y habeis podido creer que no le buscaria!

Mientras viva ese hombre, no hay felicidad
para mi. Dejadme... dejadme... *(al tiempo de
salir se oyen dos tiros.)* Ah!...

PAU. El desgraciado! Se ha asesinado tal vez!

FER. No, no. He oido dos tiros... Es un desafio!
Quien se ha atrevido a tomar mi puesto?

ESCENA X.

Los mismos y ANTONIO.

ANT. Socorro!... Socorro!

FER. Antonio! tu aqui? Desgraciado! qué has he-
cho?

ANT. *(muy azorado.)* Una torpeza... un tiro des-
graciado! pero me exasperó con otro insulto...
y ademas, palabra de honor, querida tia, no le
apunté.

FER. Pero lo has herido?...

ANT. *(cayendo sobre una silla.)* Ay, lo he muerto!...

PAU. Muerto!... Ah!

FER. Paulina... á nombre de tu hijo han hecho
correr tus lágrimas; en su nombre te las enju-
go... ya nunca se separará de nosotros. *(Pauli-
na se arroja en sus brazos.)*

FIN.

Madrid, 1849.

IMPRENTA DE D. VICENTE DE LALAYA

calle del Duque de Alba, número 13.

Propiedades de que consta la Biblioteca Dramática.

- A un tiempo amante y hermana, t. 1.
 Abadia (la) de Penmarck, t. 3.
 Alqueria (la) de Bretaña, t. 5.
 Agiotage (el) ó el oficio de moda, t. 5.
 Ansias matrimoniales, o. 1.
 Andaluz (el) en el baile, o. 1.
 A las máscaras en coche, o. 3.
 Aventurero (el) español, o. 3.
 Arquero (el) y el Rey, o. 3.
 A tal accion tal castigo, o. 5.
 Azares de una privanza, o. 4.
 Amante y Caballero, o. 4.
 —A cada paso un acaso, ó el caballero,
 o. 5.
 Amor y Patria, o. 5.
 A la misa del gallo, o. 2.
 Al borde del abismo, t. 1.

 Barbera (la) del Escorial, t. 1.
 Beltran el marino, t. 4.
 Batalla (la) de Clavijo, o. 1.
 Benvenuto Cellini, ó el poder de un
 artista, o. 5.
 —Boda (la) y el testamento, t. 3.

 Confidente (el) de su muger, t. 1.
 Cocinera (la) casada, t. 1.
 Con todos y con ninguno, t. 1.
 Camaristas (las) de la Reina, t. 1.
 César, ó el perro del castillo, t. 2.
 Corregidor el de Madrid, t. 2.
 Caballero (el) de Griñon, t. 2.
 Cuando quiere una muger!! t. 2.
 Casarse á oscuras, t. 3.
 Clara Harlow, t. 3.
 Corona (la) de Ferrara, t. 5.
 Colegialas (las) de Saint-Cyr, t. 5.
 Castillo (el) de S. Mauro, t. 5.
 Cautivo (el) de Lepanto, o. 1.
 Cantinera (la), o. 1.
 Coronel (el) y el tambor, o. 3.
 Con sangre el honor se venga, o. 3.
 Cruz (la) de la torre blanca, o. 3.
 Conquista (la) de Murcia, por don Jai-
 me de Aragon, o. 3.
 Caudillo (el) de Zamora, o. 3.
 Como á padre y como á rey, o. 3.
 Calderona (la), o. 5.
 Cuánto vale una leccion! o. 3.
 —Campolis ó las grandes pasiones, t. 2.
 —Conde (el) de Monte-Cristo primera
 parte, t. 10 cuadros.
 —Idem segunda parte, t. 5.
 Castillo (el) de S. German, ó delito
 y espionacion, t. 5.

 Condesa (la) de Senecey, t. 3.
 Caza (la) del Rey, t. 1.
 Ciego (el) de Orleans, t. 4.

 D. Canuto el estanquero, t. 1.
 Derecho (el) de primogenitura, t. 1.
 Dos contra uno, t. 1.
 —Doctor (el) Capirote, t. 1.
 —Dos maridos (los), t. 1.
 Diablo (el) nocturno, t. 2.
 Dos noches, ó un matrimonio por
 agradecimiento, t. 2.
 —Dos épocas (las), ó el republicano
 generoso, t. 2.
 Diablo (el) y la bruja, t. 3.
 Deshonor por gratitud, t. 3.
 —Desposada (la), t. 3.
 Doctor (el) negro, t. 4.
 Diablo (el) en Madrid, t. 5.
 Dama (la) en el guarda-ropa, o. 1.
 Dos y ninguno, o. 1.
 De Cádiz al Puerto, o. 1.
 Desengaños de la vida, o. 3.
 Doña Sancha, ó la independendencia de
 Castilla, o. 4.
 Desprecio (el) agradecido, o. 5.
 Don Juan Pacheco, o. 5.
 D. Ramiro, o. 5.
 Diablo (el) enamorado, o. 3.
 Diablo (el) son los nietos.
 D. Fernando de Castro, o. 4.
 Dos y uno, t. 1.

 En la falta vá el castigo, t. 5.
 Engaños por desengaños, o. 1.
 Estudios históricos, o. 1.
 Es el demonio!! o. 1.
 En la confianza está el peligro, o. 2.
 Entre cielo y tierra, o. 1.

 Fausto de Underwal, t. 5.
 Fuerte-Espada el aventurero, t. 5.
 Feria (la) de Ronda, o. 1.
 Favorito (el) y el Rey, o. 3.

 Guarda-bosque (el), t. 2.
 Guante (el) y el abanico, t. 3.
 Gustavo III ó la conjuracion de Suecia,
 t. 5.

 Hija (la) del bandido, t. 1.
 Hijo (el) de mi muger, t. 1.
 Hija (la) de mi tío, t. 2.
 Hermana (la) del soldado, t. 5.
 Hermana (la) del carretero, t. 5.
 Huérfanas (las) de Amberes, t. 5.
 Hija (la) del Regente, t. 5.
 Hermano (el) del artista, o. 2.
 Hijas (las) del Cid y los infantes de
 Carrion, o. 3.
 Hasta los muertos conspiran, o. 3.
 —Hombre (el) azul, o. 5 cuadros.
 Honor (el) de un castellano y deber de
 una muger, o. 4.
 Honores rompen palabras, ó la ac-
 cion de Villalar, o. 4.
 Herencia (la) de un trono, t. 5.

 Inventor, bravo y barbero, t. 1.
 Intrigas (las) de una corte, t. 5.
 Ilusiones, o. 1.
 Ilusion (la) ministerial, o. 3.

 Jorge el armador, t. 4.
 Joven (la) y el zapatero, o. 1.
 Juí que jembra, o. 1.
 José Maria, ó vida nueva, o. 1.
 Juan de las Viñas, o. 2.
 Juan de Padilla, o. 6 cuadros.
 Jacobo el aventurero, o. 4.
 Julian el carpintero, t. 3.
 Juana Grey, t. 5.
 Juventud (la) del emperador Carlos V,
 t. 2.

 Lazo (el) de Margarita, t. 2.
 Luchar contra el destino, t. 3.
 Leñador (el) y el ministro, ó el testa-
 mento y el tesoro, 6 cuadros.
 Ley (la) del embudo, o. 1.
 Luchar contra el sino. (vease Sortija
 del Rey), o. 3.
 Los dos Fóscais, o. 5.
 —Leonardo el peluquero, t. 3.
 Lo primero es lo primero, t. 3.

- Maestro (el) de escuela, t. 1.
 Muger (la) eléctrica, t. 1.
 Mas vale tarde que nunca, t. 1.
 Marido (el) de la Reina, t. 1.
 Muerto civilmente, t. 1.
 Mudo (el) por compromiso ó las emociones, t. 1.
 Memorias de dos jóvenes casadas, t. 1.
 Modista (la) alférez, t. 2.
 Mi vida por su dicha, t. 3.
 Mosqueteros (los) de la Reina, t. 3.
 Mano (la) derecha y la mano izquierda, t. 4.
 Misterios (los) de París, primera parte t. 6 cuadros.
 Idem segunda parte, t. 5 cuadros.
 Maria Juana, ó las consecuencias de un vicio, t. 5.
 Mosqueteros (los), t. 6. cuadros.
 Médico (el) negro, t. 7 cuadros.
 Mercado (el) de Londres, t. id.
 Martin y Bamboche, ó los amigos de la infancia, t. 9 cuadros.
 —Marinero (el), ó un matrimonio repentino, o. 1.
 Mateo el veterano, o. 2.
 Médico (el) de su honra, o. 4.
 —Médico (el) de un monarca, o. 4.
 Marquesa (la) de Savannes, t. 3.

 Ni ella es ella, ni él es él, ó el capitán Mendoza, t. 2.
 Novio (el) de Buitrago, t. 3.
 No la de tocarse á la reina, t. 3.
 Nuestra Señora de los Avismos, ó el castillo de Villemeuxe, t. 5.
 Noche (la) de S. Bartolomé de 1572, t. 5.
 Nudo (el) Gordiano, t. 5.
 Nunca el crimen queda oculto á la Justicia de Dios, t. 6 cuadros.
 Noche y dia de aventuras, ó los galanes duendes, o. 3.
 No hay miel sin hiel, o. 3.
 No mas comedias, o. 3.

 Oso (el) blanco y el oso negro.

 Paje (el) de Woodstock, t. 1.

 Percances de la vida, t. 1.
 Pujila (la) y la péndola, t. 1.
 Perder y ganar un trono, t. 1.
 Protegida (la) sin saberlo, t. 2.
 Pasteles (los) de Maria Michon, t. 2.
 Prusianos (los) en la Lorena, ó la honra de una madre, t. 5.
 —París el gitano, t. 5.
 Pacto (el) sangriento, ó la venganza corsa, t. 6 cuadros.
 Paraguas y sombrillas, o. 1.
 Perder el tiempo, o. 1.
 Posada (la) de Currillo, o. 1.
 Perla (la) sevillana, o. 1.
 Premio (el) grande, o. 2.
 Perder fortuna y privanza, o. 3.
 Pobreza no es vileza, o. 4.
 Pacto (el) con Satanás, o. 4.
 Peregrino (el), o. 4.
 Primera (la) escapatoria, t. 2.
 Premio (el) de una coqueta, o. 1.
 Prueba (la) de amor fraternal, t. 2.

 Raptor (el) y la cantante, t. 1.
 Rey (el) de los criados y acertar por carambola, t. 2.
 Robo (el) de un hijo, t. 2.
 Reinara contra su gusto, t. 3.
 Reina (la) Sibila, o. 3.
 Reina (la) Margarita, o. en 6 actos.
 —Rey (el) martir, o. 4.
 Rey (el) hembra, o. 2.

 Soldados (los) del rey de Roma, t. 2.
 Si acabarán los enredos? o. 2.
 Seductor (el) y el marido, t. 3.

 Tom-Pus, ó el marido confiado, t. 1.
 Templarios, (los) ó la encomienda de Aviñon, t. 3.
 Tarambana (el), t. 3.
 Tanto por tanto, ó la capa roja, o. 1.
 Tio (el) y el sobrino, o. 1.
 Trapero (el) de Madrid, o. 4.

 Vida (la) por partida doble, t. 1.
 Viuda (la) de 15 años, t. 1.
 Vivo (el) retrato t. 3.
 Vencer su eterna desdicha ó un caso de conciencia, t. 3.
 Valentina Valentona, o. 4.
 Victima (la) de una vision, t. 1.

 Un buen marido! t. 1.
 Un cuarto con dos camas, t. 1.
 Un Juan Lanas, t. 1.
 —Una muchachada! t. 1.
 Usurero (el) t. 1.
 Una cabeza de ministro, t. 1.
 Una noche á la intemperie, t. 1.
 Un diabillito con faldas, t. 1.
 Un pariente millonario, t. 2.
 Un avaro, t. 2.
 Un casamiento con la mano izquierda t. 2.
 Un padre para mi amigo, t. 2.
 Una broma pesada, t. 2.
 Un mosquetero de Luis XIII, t. 2.
 Un dia de libertad, t. 3.
 Uno de tantos bribones, t. 3.
 Una cura por homeopatía, t. 3.
 Un casamiento á son de caja, ó las dos vivanderas, t. 3.
 Un error de ortografía, o. 1.
 Una conspiracion, o. 1.
 Un casamiento por poderes, o. 1.
 Una actriz improvisada, o. 1.
 —Un tio como otro cualquiera, o. 1.
 Un motin contra Esquilache, o. 3.
 Un corazon maternal, t. 3.
 Ultimo (el) amor, o. 3.
 Una noche en Venecia, o. 4.
 Un viaje á América, t. 3.

 —Yo por vos y vos por otro! o. 3.
 Zapatero (el) de Lóndres, t. 3.

NOTA. Los títulos que tienen una rayita aun no están impresos, pero lo van siendo sucesivamente.